

# NACIÓN Y NACIONALISMO ANTIIMPERIALISTA EN CENTROAMÉRICA

## Sandino y la nueva intelectualidad costarricense

Rafael Cuevas Molina

El período entre las dos guerras mundiales constituye un momento de la historia latinoamericana en el que hacen carrera una serie de ideas políticas marcadas por preocupaciones referentes a la relación de América Latina con fuerzas externas que se le oponen. La naturaleza de estas inquietudes están signadas por una dinámica en la que han hecho su aparición en el escenario histórico fenómenos económicos, sociales y políticos nuevos, que replantean viejas preguntas y preocupaciones, dándoles contenidos diferentes a los que habían prevalecido hasta la víspera. Los que intentan dar nuevas respuestas y otorgar nuevos contenidos son grupos sociales surgidos de las sociedades que se han construido, después de los años de la anarquía postindependentista, bajo la égida de los afanes modernistas y modernizadores de las oligarquías latinoamericanas, cuyos proyectos muestran, a estas alturas, sus límites. Casi como un símbolo de que cambio de siglo significa redimensionar la vida, en el año 1900 ha aparecido en el horizonte intelectual de América Latina el *Ariel* de José Enrique Rodó, y poco después se desencadena la Revolución Mexicana y allende los mares estalla la Revolución de Octubre.

En la pequeña Centroamérica, esa a la que el historiador argentino Tulio Halperin Donghi califica de “despoblado rincón del imperio español” o, para fechas más recientes, “zona sólo nominalmente independiente de los Estados Unidos”, también se conocen procesos que no escapan a ese panorama continental. En términos generales, lo que en ella suceda tiene bastante sin cuidado al resto de América Latina, dado su carácter marginal, que el argentino mencionado ha dejado bien sentado. En el período que cae bajo la incidencia de este estudio, sin embargo, un acontecimiento específico rompe con el molde aquí señalado: la guerra de resistencia nacional frente a los Estados Unidos de Augusto César Sandino, que llega a concitar la atención no sólo del resto de América Latina sino, también, de otras latitudes. No cabe duda que las repercusiones de este hecho deben asociarse con las circunstancias políticas y económicas de la época, especialmente con la presencia del capital norteamericano y de su política neocolonial, que ha rebasado sus tradicionales dominios caribeños y centroamericanos y se

apoyenta en el Pacífico suramericano, lo que agudiza la sensibilidad, especialmente de intelectuales que identifican tal avance como una amenaza.

Si las repercusiones de la campaña de Sandino en Nicaragua son de tal amplitud, no es de extrañar que en la vecina Costa Rica sean sentidas las ondas expansivas. La forma como ahí repercuten se asemeja mucho a lo que sucede en otras partes, pero también tiene sus propias características, dado que este pequeño país tiene peculiaridades que lo caracterizan como un caso excepcional en algunos sentidos, especialmente en el político (en donde para ese entonces ya ha logrado construir una relativamente estable institucionalidad) y en el de la construcción de su identidad nacional. A diferencia de otros países centroamericanos, aquí ha sido posible iniciar la construcción de un nacionalismo que tiene importantes grados de legitimidad entre la población. Los intelectuales costarricenses, sensibles a la gesta de Sandino, no escapan a ninguna de ambas dimensiones: por un lado, reproducen y enriquecen elementos de ese nacionalismo hegemónico en el país y, por otro, adscriben a otras formas de nacionalismo a las que el sandinismo pertenece y refuerza.

La formación de estos intelectuales es ecléctica y abierta en los años veinte, difícil de encasillar. Algunos de ellos se encuentran inmersos en un proceso de perfilamiento más preciso de lo que, visto desde nuestra época, podemos calificar como su perfil ideológico definitivo. Otros podrán acentuar en algunos aspectos de su pensamiento más tarde, pero continuarán siendo “humanistas”, sin terminar por asumir alguna opción ideológico-política específica. En el período del que nos ocupamos, sin embargo, todos tienen algunos rasgos comunes que nos permiten hablar de una “nueva intelectualidad”<sup>1</sup> en Costa Rica: simpatizan, conocen, se relacionan y han ayudado a difundir ideas anarquistas, socialistas y espiritualistas; simpatizan y se asocian, apoyan e impulsan a sectores de artesanos y obreros que han empezado a organizarse; identifican y rechazan al imperialismo yanqui; impulsan a la educación

<sup>1</sup> Formaron parte de ella Joaquín García Monge, Omar Dengo, Carmen Lyra, Luis González, José María Zeledón y Rómulo Tovar, entre otros.

como camino de perfeccionamiento social; descubren y alimentan el orgullo por la identidad latinoamericana como contrapuesta a la de Estados Unidos.

Este sector de intelectuales es “nuevo” en relación con los liberales tradicionales quienes, inspirados en ideas de corte positivista, han construido el estado y la nación existentes para ese entonces. Son ellos también liberales, pero de otro tipo. Les hemos caracterizado como liberales “críticos”. Su criticidad deriva del hecho que, aunque adscriben al liberalismo político que se ha asentado de buena ley en el país, no lo hacen con el liberalismo económico. En realidad, tienen una visión del mundo enriquecida por ideas que van más allá del liberalismo algunas, o que son distintas a él otras.

A finales de los años veinte se encuentran en ebullición. Han hecho contactos con intelectuales de toda América Latina, principalmente a través de una revista cultural que se publica en el país, el *Repertorio Americano*, que es símbolo y difusora de las nuevas ideas que corren; pero además conocen de primera mano *El hombre mediocre* de José Ingenieros, *La raza cósmica* de José Vasconcelos y el ya mencionado *Ariel* de José Enrique Rodó, obras clave de la época. Comulgan con ellas y, a sus autores, les otorgan privilegiado espacio en *Repertorio Americano*, la revista cultural por excelencia de la época. Como ellos, tienen en mente una América Latina unida en base a su cultura, que nombran de distintas formas: indoamericana, hispanoamericana, de la América nuestra, que entienden distinta de la que califican como “agotada” de Europa y contrapuesta a la “saxona” norteamericana. Con sus pares de toda América Latina forman redes que los ponen en comunicación y les permiten impulsar algunas acciones comunes. Son redes de distintas cataduras: de teósofos, de espiritualistas; de socialistas o anarquistas; de pensamiento antiimperialista. La solidaridad con Sandino alimenta algunas de ellas. El nacionalismo antiimperialista de vocación continentalista encontraba eco en muchas de estas redes que podían no coincidir en otras cosas. Siendo el nicaragüense la expresión más palpable de ese tipo de nacionalismo, es rápidamente erigido en su referente y símbolo. De ahí que se constituyera en elemento aglutinador de fuerzas



disímiles que iban, incluso, más allá de este sector de intelectuales.

Esto sucedió en Costa Rica. Aquí, la invasión estadounidense a Nicaragua insufla sentimientos antiimperialistas en amplios sectores de la población, incluso antes de la aparición en escena de Sandino. Pero en esa generalizada reacción antiimperialista hay, ciertamente, matices. Están, por ejemplo, los que a través de los años en los que el nicaragüense esté en la palestra dudan entre llamarle héroe o bandido. Su posicionamiento ambiguo nace de su simpatía a regañadientes frente a alguien que representa ideas que entienden alejadas de las suyas: Sandino es un liberal crítico y ellos son liberales tradicionales. Siendo liberales lo transan y por lo tanto lo apoyan. Diarios liberales a lo largo de todo el continente y de España editorializan e informan sobre él; pero de pronto Sandino se les muestra cercano a otros que para ellos son apestados, los comunistas sobre todo. Y ahí vacilan y retroceden. Está, por otro lado, la izquierda, pero en su seno también hay diferencias. Los comunistas le serán incondicionales durante los primeros dos años de su accionar, mientras hacen intentos y alimentan la esperanza de ganarlo para sus posiciones. Una vez que se hace evidente que eso no será posible le abandonan y denostan. Llegan a levantar falsos rumores sobre su integridad moral y los que se encontraban más cerca de él toman otro rumbo. Los apristas tienen también sus diferencias con él, especialmente después de las transformaciones ideológicas que sufren a inicios de los treinta. Las diferencias se hacen evidentes en la renuncia de quien fuera su principal representante en el exterior de Nicaragua: Froylán Turcios. Cuando Sandino es asesinado, Vasconcelos se duele en un artículo publicado en *Repertorio Americano* de que fue abandonado. El Partido Comunista de Costa Rica también, sólo a raíz de su muerte, publica en su periódico *Trabajo* el único

artículo que le dedica en sus casi siete años de existencia. Otros intelectuales de este sector al que llamamos nueva intelectualidad le critican fuertemente hacia el final de su vida, al no comulgar con lo que entienden como su rendición frente al gobierno nicaragüense. Se mantiene al lado suyo, hasta el final, Joaquín García Monge, difundiendo artículos relacionados con él, dando declaraciones que lo apoyan a la prensa costarricense.

Queremos resaltar dos cosas: 1) que la solidaridad con Sandino pone en evidencia, en Costa Rica, que existen dos nacionalismos que conviven en el seno de la nueva intelectualidad. Uno tiene como referente a Costa Rica y no sólo comparte sino ayuda a construir los hitos sobre los que se establecerá y crecerá la nación a lo largo del siglo XX; el otro es antiimperialista latinoamericanista. Ambas formas de nacionalismo conviven en ellos aunque son dos modelos distintos. 2) La solidaridad con Sandino también muestra que en Costa Rica el grupo de intelectuales liberales críticos (de los cuales algunos se harán comunistas, otros socialistas) se encontraban en un proceso de definición ideológica en ese período. Esta situación se resolverá en la década del treinta y tendrá incidencia en su vinculación con la idea de nación. Los comunistas serán “internacionalistas” y los nacionalistas volverán a tener referente local, “nacional” y no continental.

Sandino constituye un personaje *sui generis* en su posición, porque es al mismo tiempo claro ejemplo del nacionalismo continentalista antiimperialista y, por otro lado, tiene rasgos atípicos en relación con algunos de aquellos que sostenían este tipo de posiciones. Es claro ejemplo en la medida en que impulsa un accionar en contra de la presencia norteamericana en su país. Sus proclamas y llamamientos reflejan, por lo tanto, lo que podemos catalogar como un pensamiento antiimperialista que tiene clara raigambre axiológica. Ese antiimperialismo parece tener algunas limitaciones de comprensión del fenómeno del imperialismo: lo entiende como externo a la nación nicaragüense y parece no comprender siempre sus vinculaciones con la dinámica política interna del país. Esa falta de comprensión le llevará, al final, a errar en la apreciación de la dinámica política nicaragüense y a transar con quien, a la postre, le llevará a la muerte. Esto no impidió que fuera referente aglutinador de intelectuales antiimperialistas y que fuera visto, aún hasta nuestros días, como la más relevante figura del antiimperialismo de los años veinte y treinta del siglo XX.

Tanto Sandino como la nueva intelectualidad costarricense forman parte de una corriente nacionalista que hizo carrera en las primeras décadas del siglo XX en América Latina, en el contexto de la expansión del imperialismo norteamericano sobre el continente. Nicaragüenses y costarricenses jugaron un papel protagónico en su seno: unos como referente simbólico, los otros porque produjeron uno de los instrumentos más importantes del continente para difundir ese tipo de ideas, el *Repertorio Americano*. Ambos aspectos son fundamentales en la construcción del nacionalismo, sea éste del signo que fuera. Los referentes simbólicos constituyen el entramado básico de la mitología que persigue aglutinar en torno a ideas y emociones comunes. La gesta sandinista contenía todos los elementos propios para cumplir tal papel. El

imaginario literario de intelectuales afectos ayudó, además, a construir una leyenda sobre la ya de por sí epopéyica realidad; “pequeño ejército loco”, “general de hombres libres” llamó la Gabriela Mistral a sus hombres y a él mismo. Esa condición de referente simbólico fue retomada, años más tarde, en el contexto del enfrentamiento entre el Frente Sandinista de Liberación Nacional y el régimen de Anastasio Somoza Debayle. Una manipulación de sus ideas (por posibles omisiones u ocultamientos) con el fin de amoldarlas a objetivos asociados con intereses propios de la dinámica política y social de los años sesenta y setenta, no haría sino mostrar lo que, en términos generales, sucede con los referentes simbólicos escogidos para formar parte del panteón de lo nacional: sobre una base de realidad se construye e “inventa” el mito que concita a la unidad. A partir del triunfo del FSLN en Nicaragua en el año 1979, Sandino pasa a constituirse en la figura central de ese panteón y a teñir el nuevo nacionalismo con hitos y tradiciones que, durante el largo dominio del somozato, permanecieron soterrados. Pero lo que interesa remarcar es la importancia que tuvo en su carácter de símbolo referencial, lo cual cumplió tanto para los nicaragüenses de años posteriores embarcados en una guerra antidictatorial, como con los nacionalistas antiimperialistas de su época.

Por su parte, *Repertorio Americano* evidencia la importancia que tienen los medios de comunicación en la construcción e invención de esa forma moderna de lealtad colectiva que es el nacionalismo. Sin revistas como ella y los periódicos, la construcción del imaginario asociado a la Patria Grande (fuera ésta entendida como una sola nación o como federación) habría sido mucho más difícil, si no imposible. A través suyo fue posible difundir ideas y sentimientos que permitieron dibujar los límites físicos de una nación que nadie conocía en toda su extensión, así como identificar, seguir y mitologizar referentes como Sandino.

Sandino, la nueva intelectualidad costarricense y *Repertorio Americano* formaron parte de la pléyade de latinoamericanos que sustentaron ideas que aspiraban a impulsar un movimiento latinoamericanista en los años veinte y treinta del siglo XX. Las repercusiones de la acción del primero evidenciaron diferencias que existían en el seno de los segundos, los cuales se encontraban en un momento de definiciones ideológicas; algunas de estas diferencias encontraron expresión, también, en el *Repertorio Americano*. ■

---

**Rafael Cuevas Molina.** Guatemalteco. Profesor e investigador del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de Costa Rica. Actualmente dirige la Maestría en Estudios Latinoamericanos de dicho Instituto. Es director de AUNA-Costa Rica.